

LUMEN

NARRACION PRIMERA

RESURRECTIO PRÆTERITI

I

QUÆRENS. — Me habeis prometido, ¡ oh Lumen !
hacerme la relacion de esa hora extraña, extraña
entre todas, que siguió á vuestro postrer suspiro,
y referirme de qué modo, por una ley natural, si
bien muy singular, volvisteis á ver el pasado en
el presente, y penetrasteis un misterio que habia
permanecido completamente oculto hasta hoy.

LUMEN. — Sí, mi antiguo amigo, voy á cumplir
mi promesa, y gracias á la larga correspondencia
de nuestras almas, espero que comprendereis ese
fenómeno « extraño », como vos le calificais. La

muerte que me ha libertado de los sentidos débiles y fatigosos del cuerpo no os ha tocado todavía con su mano protectora. Perteneceis al mundo de los vivos. Á pesar del aislamiento de vuestro retiro, en esas reales torres del *faubourg Saint-Jacques*, á donde el profano no viene á distraeros en vuestras meditaciones, formais parte no obstante, de la existencia terrestre y de sus superficiales preocupaciones. No os admiréis pues si en el momento de asociaros al conocimiento de mi misterio, os invito á aislaros todavía mas de las pompas exteriores y á prestarme toda la *intensidad de atención* que vuestro espíritu es capaz de concentrar en sí mismo.

QUERENS. — No tengo oídos mas que para escucharos, ¡oh Lumen! y no tengo espíritu mas que para procurar comprenderos. Hablad, pues, sin temor y sin rodeos, y dignaos hacerme comprender esas impresiones desconocidas para mí que suceden á la cesación de la vida.

LUMEN. — ¡Por dónde quereis que comience mi relación?

QUERENS. — Si conservais el recuerdo, desearia que comenzaseis desde el momento en que mi mano temblorosa os cerró los ojos...

LUMEN. — ¡Oh! la separación del principio

pensador y del organismo nervioso no deja en el alma ningun género de recuerdo. Es como si las impresiones del cerebro, que constituyen la armonía de la memoria, se borrasen enteramente para renovarse en seguida bajo otra forma. La primerasensación de identidad que se experimenta despues de la muerte se parece á la que se siente al despertar durante la vida, cuando, viniendo poco á poco á la realidad de la mañana, está uno todavía dominado por las visiones de la noche. Solicitado por el porvenir y por el pasado, el espíritu procura á la vez recobrar el pleno dominio de sí mismo y apoderarse de las impresiones fugitivas de los sueños desvanecidos, que le dominan aun, con su comitiva de acontecimientos diversos. Alguna vez, absorvido en esta *retrospeccion* de unos sueños agradables, vuelve á cerrar los ojos, sintiendo reanudarse las visiones y prolongarse el espectáculo; es decir que queda de nuevo entregado á los sueños y á una especie de semi-sueño. De este modo se balancea nuestra facultad pensadora al salir de esta vida, entre una realidad que no comprende aun, y unos sueños que no están completamente desechados. Las impresiones mas contrarias se mezclan y se confunden, y si, bajo el peso de los sentimientos perecederos, se

echa de ménos la tierra de la que se acaba de ser desterrado, entónces se halla uno abrumado por un sentimiento de tristeza indefinible que pesa sobre nuestros pensamientos, nos envuelve entre tinieblas y retarda el discernimiento.

QUERENS. — Decidme, ¿habeis experimentado esas sensaciones inmediatamente despues de la muerte?

LUMEN. — ¿Despues de la muerte? Pero si la muerte no existe. El hecho que designais con este nombre, la separacion del cuerpo y el alma, no se efectuan bajo una forma material, comparable á las separaciones químicas de los elementos desasociados que se observan en el mundo físico. No se apercibe uno de esta separacion definitiva, que os parece tan cruel del mismo modo que el niño recién nacido no se apercibe de su nacimiento. Somos procreados en la vida celeste como lo fuimos en la vida terrestre; solamente que libre el alma de las mantillas corporales con que se la envuelve aquí abajo, adquiere mas pronto la nocion de su estado y de su personalidad. Esta facultad de percepcion varia, sin embargo, esencialmente de una á otra alma. Las kay que durante la vida del cuerpo no se elevaron jamás hácia el cielo ni se sintieron nunca ansiosas de penetrar

las leyes de la creacion. Estas almas, dominadas aun por los apetitos corporales, permanecen largo tiempo en estado de confusion y de *inconciencia*. Pero existen otras felizmente que desde esta vida dirigieron su vuelo hácia las regiones de la belleza eterna; estas ven llegar con calma y severidad el instante de la separacion: saben que el progreso es la ley de la existencia y que entrarán allá en una vida superior á la de aquí; siguen paso á paso la letargia que sube á su corazon, y cuando el último latido, lento é insensible, se para en su curso, están ya por encima de sus cuerpos, cuyo endormecimiento han observado; y, desprendiéndose de los lazos magnéticos, se sienten rápidamente impelidas por una fuerza desconocida hácia el punto de la creacion á donde sus aspiraciones, sus sentimientos y sus esperanzas les atraen.

QUERENS. — La plática que comienzo á tener en este instante con vos, mi querido maestro, me hace recordar los diálogos de Platon sobre la inmortalidad del alma; y lo mismo que Fedra le preguntaba á su maestro Sócrates, el dia en que éste debia tomar la *cicuta* para obedecer á la inicua sentencia de los Atenienses, os preguntaré, á vos que habeis pasado el término fatal, qué diferencia esencial distingue al alma del

cuerpo, puesto que éste muere, mientras que la primera no muere.

LUMEN. — No daré á esta pregunta una respuesta metafísica, como la de Sócrates, ni una respuesta dogmática, como la de los teólogos, sino una respuesta científica, pues vos como yo, no damos valor mas que á los hechos comprobados por los métodos positivos. Hay en el hombre, lo mismo que en el universo, tres principios completamente distintos : 1º el cuerpo; 2º la fuerza vital y 3º el alma.

Los cito por este orden para seguir el método *à posteriori*. El cuerpo es un conjunto de moléculas, formadas á su vez por un agrupamiento de átomos. Los átomos, son inertes, pasivos, inmutables é indestructibles. Penetran en el organismo por la respiracion y la alimentacion, renuevan incessantemente los tejidos, son reemplazados por otros, y van á pertenecer á otros cuerpos. En algunos meses el cuerpo humano se halla completamente renovado, y ni en la sangre, ni en la carne, ni en el cerebro, ni en los huesos, no queda ya un átomo de los que constituian el cuerpo algunos meses ántes. Por el gran medio de la atmósfera sobre todo, los átomos viajan sin cesar de un cuerpo á otro. La molécula de hierro

es la misma, ya esté incorporada á la sangre que palpita en las sienes de un hombre ilustre, ya pertenezca á un vil fragmento de hierro enmohecido. La molécula de oxígeno es la misma, ya brille en la mirada amorosa de la mujer amada, ya sea que mezclándose con el hidrógeno despida su llama en una de las infinitas luces que alumbran á Paris de noche, en donde cae como una gota de agua del seno de las nubes. Los cuerpos actualmente vivos están formados con las cenizas de los muertos, y si todos los muertos resucitasen, faltarían á los últimos en resucitar muchos fragmentos que habrían pertenecido á los primeros; y hasta durante la vida, se hacen muchos cambios, entre enemigos como entre amigos, entre los hombres, los animales y las plantas, que asombrarían singularmente el ojo analizador. Lo que respirais, comeis y bebeis, ha sido ya respirado, comido y bebido millares de veces. — Tal es el cuerpo : un conjunto de moléculas materiales que se renuevan constantemente.

La fuerza vital, la vida, es el principio que rige en la agrupación de esas moléculas en una forma dada, para constituir un organismo. La fuerza rige los átomos pasivos, incapaces de manejarse por si mismos, inertes; ellas los llamo, los hace

venir, los coge, los coloca siguiendo ciertas reglas, y forma ese cuerpo tan maravillosamente organizado que no se cansan de contemplar el anatomista y el fisiologista. Los átomos son indestructibles; la fuerza vital no lo es. Los átomos no tienen edad; la fuerza vital nace, envejece y muere. Un octogenario tiene mas edad que un adolescente de veinte años. ¿Por qué? Los átomos que lo constituyen no están en él sino desde hace solo algunos meses, y además no son ni viejos ni jóvenes. Analizad, los elementos constitutivos de su cuerpo no tienen edad. — ¿Qué ha envejecido en él? Su fuerza vital, usada y estinguida. Lo mismo que el calor y que la electricidad, la vida es una fuerza engendrada por ciertas causas. Se trasmite por la generacion. Entretiene instintivamente el cuerpo sin tener conciencia de sí misma. Tiene un principio y un fin. Es el principio vital: fuerza física inconsciente, organizadora y conservadora del cuerpo.

El alma es un ser intelectual, pensador é inmaterial. El mundo de las ideas, en que vive, no es el mundo de la materia. No tiene edad, no envejece. No experimenta cambio en un mes ó dos, como el cuerpo, puesto que despues de varios años, sentimos que hemos guardado nuestra iden-

idad, que nuestro *yo* permanece. De otro modo, si el alma no existiese, y si la facultad de pensar fuese una propiedad del cerebro, no podríamos seguir diciendo que *tenemos* un cuerpo: seria nuestro cuerpo, nuestro cerebro *quien nos tendría*. Además, de periodo en periodo, cambiaria nuestra conciencia, no tendríamos la certeza ni aun el simple sentimiento de nuestra identidad, y no seríamos ya responsables de las resoluciones secretadas por las moléculas que pasaron por nuestro cerebro varios meses ántes. El alma no es la fuerza vital, por esta es medible, se trasmite por generacion, no tiene conciencia de sí misma, nace, crece, declina y muere... estados enteramente opuestos á los del alma, inmaterial, sin medida, no trasmisible, consciente. El desarrollo de la fuerza vital puede ser representado geoméricamente por un huso, que va poco á poco ensanchándose, disminuyendo luego, hasta desaparecer del todo.

Á la mitad de la vida, el alma no se deshinch (si puedo hacer esta comparacion) para achicarse como un huso y tener un fin, pero continua abriendo su parabola, lanzada en el infinito. La manera de existir del alma es además esencialmente distinta de la de la vida. Es una manera *espiritual*. El sen-

imiento de lo justo ó de lo injusto, de lo verdadero ó de lo falso, de lo bueno ó de lo malo; el estudio, las matemáticas, el análisis, la síntesis, la contemplacion, la admiracion, el amor, el afecto ó el odio, la estimacion ó el desprecio, en una palabra, las ocupaciones del alma, sean las que fueren, son del orden intelectual y moral, que no pueden conocer ni los átomos, ni las fuerzas físicas, y que existe tan positivamente como el orden físico.

Esos tres elementos de la persona humana, los volvemos á encontrar en el conjunto del universo: 1° los átomos, los mundos materiales, inertes, pasivos; 2° las fuerzas físicas, activas, que rigen los mundos; 3° Dios, el espíritu eterno é infinito, organizador *intelectual* de las leyes *matemáticas* á las cuales obedecen las fuerzas... Dios desconocido, en quien residen los principios supremos de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

El alma no puede estar unida al cuerpo mas que por la fuerza vital intermediaria. Cuando se acaba la vida, el alma se separa naturalmente del organismo y cesa de tener ninguna relacion inmediata con el espacio y el tiempo. No tiene ninguna densidad, ningun peso. Despues de la muerte, el alma se queda en el lugar del cielo en que se en-

encuentra la Tierra en el momento de la separacion. Ya sabeis que la Tierra es un planeta del cielo, lo mismo que Vénus y Júpiter. La Tierra continua recorriendo el largo de su órbita, á razon de 26,800 leguas por hora, de tal suerte que una hora despues de la muerte, el alma se encuentra á esta distancia de su cuerpo, por el solo hecho de desprenderse de las leyes de la materia y de su inmovilidad en el espacio. Asi pues nos hallamos en el cielo inmediatamente despues de nuestra muerte, como lo hemos estado todo el tiempo de nuestra vida. Añadiré, sin embargo, que el alma pone generalmente algun tiempo en desprenderse del todo del organismo nervioso, y que algunas veces permanece muchos dias, hasta muchos meses, magnéticamente ligada á su antiguo cuerpo, á quien no quiere abandonar.

QUERENS. — Es la primera vez que concibo bajo una forma sensible ese hecho no sobrenatural de la muerte, y que comprendo la existencia individual del alma, su independencia del cuerpo y de la vida, su personalidad y su situacion tan sencilla en el cielo. Esta teoría sintética me prepara, así lo espero, á oír y á apreciar vuestra revelacion.

Un acontecimiento singular hirió vuestra ima-

ginacion, segun me habeis dicho, á vuestra entrada en la vida eterna. ¿Recordais en qué momento fué?

LUMEN. — Perfectamente, amigo mio. Oid atento mi narracion. Daban las doce, como sabeis, en el relój de mi alcoba, y la luna vertia su pálida claridad sobre mi lecho mortuario, cuando mi hija, mi nieto y sus compatriotas se retiraron para descansar un rato. Vos quisisteis permanecer á mi cabecera, y prometisteis á mi hija que me velariais hasta la mañana siguiente. Os daría gracias por vuestra solicitud tan tierna y afectuosa, si no fuésemos antiguos amigos. Haria como una media hora que estábamos solos, pues el astro de la noche empezaba á declinar hácia la derecha, cuando os cogí las manos y os anuncié que la vida abandonaba ya la extremidad de mis miembros. Me asegurabais lo contrario; pero yo observaba con calma mi estado fisiológico, y sabía que le quadaban pocos instantes á mi respiracion. Os dirigisteis con cautela hácia la habitacion de mis hijos; pero (no sé por qué concentracion de fuerzas) pude conseguir que me oyerais y que volvierais atrás: «Teneis razon, me digisteis, ya conocen vuestras últimas voluntades, y mañana temprano será aun tiempo

de hacer venir vuestros hijos. «Había en estas palabras una contradiccion de que me hice cargo sin darla á conocer. Quizá recordareis que os rogué entonces que abrieseis la ventana; ¡qué hermosa noche de octubre, mas hermosa que la de los bardos de Escocia cantada por Osian! No léjos del horizonte se distinguian las Pleyadas, ocultas por las neblinas inferiores. Cástor y Polux se cernian victoriosamente en el cielo un poco mas léjos, y mas allá, formando un triángulo constelado con los precedentes, se admiraba en la constelacion del Cochero una bella estrella blanca, que, dibujada en el borde de las cartas zodiacales, se llama *Capella ó la Cabra*.

Ya veis que la memoria no me es infiel. En cuanto abristeis la ventana, el perfume de las rosas endormecidas con el silencio de la noche llegó hasta mi lecho, mezclándose con los rayos tranquilos de las estrellas. Expresaros la dulzura que vertieron en mi alma esas impresiones, las últimas que la tierra me consagraba, las últimas que saboreaban mis sentidos no atrofiados todavía, sería superior á mis fuerzas. En mis horas de mayor felicidad y de mas pura alegría, no he experimentado ese placer inmenso, esa severidad sublime, ese goze casi celestial, que me

procuraron esos minutos de éxtasis entre el soplo perfumado de las flores y la mirada tan tierna de las estrellas lejanas...

Cuando os acercasteis de nuevo á mi lecho, ya habia yo vuelto al mundo exterior, y juntas las manos y apoyadas sobre mi pecho, dejaba mi vista y mi pensamiento que rezasen á un tiempo, alejándose en el espacio; y como mis oidos iban en breve á cerrarse para siempre, me acuerdo de las últimas palabras que salieron de mis labios: « Adios, mi antiguo amigo, siento que la muerte me arrastra... hácia esas regiones desconocidas en las que nos volveremos á encontrar un dia. Cuando la aurora borre esas estrellas, no habrá aquí mas que un despojo mortal. Repetireis entonces á mi hija que la última expresion de mi deseo es que eduque á sus hijos en la contemplacion de los bienes eternos. »

Y como llorabas y permanecias de rodillas delante de mi lecho, añadí: « Recita la hermosa oracion de Jesus, » y comenzaste á decir con voz temblorosa el *Padre nuestro*...

« ... Perdónanos... nuestras... deudas... así como... nosotros... perdonamos... á... nuestros... deudores. »

Tales son los últimos pensamientos que llegaron

á mi alma por intermediacion de los sentidos. Se turbó mi vista mirando la estrella de Capella, y no tengo conciencia de lo que sucedió despues de este instante.

Los años, los dias y las horas están constituidos por los movimientos de la Tierra. Fuera de esos movimientos, el tiempo *Terres treno existe mas* en el espacio: es pues absolutamente imposible tener nocion de ese tiempo. Creo, sin embargo, que fué el dia mismo de mi muerte que sobrevino el acontecimiento que os voy á referir, puesto que, como vereis mas adelante, mi cuerpo no estaba aun enterrado cuando esta vision se presentó á mi alma.

Nacido en 1793, tenia yo entonces setenta y dos años, y no me quedé poco sorprendido al sentirme animado de un fuego y de una agilidad de espíritu no ménos ardientes que en los mejores dias de mi adolescencia. No tenia yo cuerpo, y sin embargo yo no era incorpóreo, pues sentia y veia que una sustancia me constituia; á pesar de esto, no hay ninguna analogia entre esta sustancia y las que forman los cuerpos terrestres. No sé de qué modo atravesaba los espacios celestes, y por qué fuerza me hallaba muy cerca de un magnífico sol blanco, cuyo esplendor no me deslumbraba sin embargo, y que se hallaba rodeado, como me lo

pareció de léjos, de un gran número de mundos envueltos cada uno en uno ó mas círculos. Por esta misma fuerza inconsciente me encontraba delante de uno de esos círculos, espectador de indefinibles fenómenos de luz, pues el firmamento estrellado estaba como dividido por un inmenso arco iris. Ya no veía el blanco sol, y habitaba una especie de noche iluminada de matices de múltiples colores.

La vista de mi alma era incomparablemente superior á la de los ojos del organismo terrestre que acababa de abandonar, y, cosa digna de notarse, su superioridad me parecía hallarse sometida á la voluntad. Esta vista del alma es tan maravillosa que no me detendré hoy á describirla. Básteme haceros presentir que en lugar de ver simplemente las estrellas en el cielo, como las veis desde la Tierra, distinguía claramente los mundos que gravitan al rededor, y ¡extraña observación! cuando deseaba no ver mas la estrella, con el fin de no tener impedimento alguno para el exámen de esos mundos, desaparecía de mi vision y me dejaba en excelentes condiciones para observar uno de esos mundos ¹. Es mas,

¹ La anatomía fisiológica trascendental esplicaria tal vez este hecho, proponiendo el admitir que el *punctum cæcum* cambia de sitio para ocultar el objeto que no se quiere ver mas.

cuando mi vista se concentraba en un mundo particular, llegaba á distinguir los detalles de su superficie, los continentes y los mares, las nubes y los rios, y aunque no me parecia adquirir visiblemente mayor volúmen, como cuando se sirve uno del telescopio, conseguia, por una intensidad particular de concentracion en la vista de mi alma, ver el objeto sobre el cual se concentraba, como por ejemplo una ciudad ó un campo; y cuando seguía mirando limitándome á ese solo punto, las particularidades venian á ser visibles, y veía los edificios, las calles y las casas, los árboles, los jardines y los senderos tan distintamente como si me hubiese encontrado en un globo, á una corta distancia encima de esos sitios. Finalmente, por el mismo procedimiento y en virtud de la misma facultad, fijando siempre mi atención sobre el mismo objeto, reconocía hasta los habitantes y seguía á las personas en las calles y en sus habitaciones. Me bastaba para esto limitar mi pensamiento al barrio, á la casa y al individuo á quien quería observar.

QUÆRENS. — Pero, amigo mio (disimulad mi objecion tal vez pueril), á esa gran distancia los mundos y los planetas que circulan en torno de cada estrella no se confunden con esa misma

estrella? Por ejemplo, á la distancia en que os encontrabais entonces, ¿los planetas de nuestro sistema no están confundidos en nuestra estrella, en nuestro sol? ¿habriais podido distinguir la tierra?

LUMEN. — Os habeis hecho cargo en seguida de la única objecion geométrica que parece estar en contradiccion con las anteriores observaciones. Efectivamente, á cierta distancia los planetas quedan oscurecidos por el brillo de su sol, y nuestros ojos terrestres los distinguirían con trabajo. Ya sabeis que desde Saturno apenas si se distingue ya la Tierra; pero es preciso reflexionar que esas dificultades dependen tanto de la imperfeccion de nuestra vista que de la ley geométrica del decrecimiento de las superficies. Ahora bien, en el mundo al borde del cual acababa de llegar, los seres, no encarnados en una envoltura grosera como aquí abajo, sino libres y dotados de facultades de apercpcion elevadas al mas alto grado posible, pueden, como ya os lo he dicho, *aislar* el origen alumbrador del objeto alumbrado, y, además, percibir distintamente algunos detalles que, á esa distancia, estarian completamente ocultos á los ojos de los organismos terrestres.

QUERENS. — ¿Se sirven acaso para ello de instrumentos superiores á nuestros telescopios?

LUMEN. — Si para mostraros ménos rebelde en admitir esa maravillosa facultad, os es mas fácil concebirlos provistos de instrumentos, podeis hacerlo en teoria. Os es permitido imaginar unos instrumentos que, por una série de lentes y una combinacion de diafragmas, aproximen sucesivamente los mundos y aparten de la vista el foco iluminador para dejar á la observacion el único mundo de su estudio; pero debo advertiros que esa clase de instrumentos no son exteriores á esos seres y que pertenecen á la misma organizacion de su vista. Por supuesto que esa construcción óptica y esa superioridad de vista son naturales en esos mundos y de ningun modo sobrenaturales. Reflexionad un poco en los insectos que tienen el privilegio de encoger y de alargar sus ojos como los tubos de un antejo de larga vista, de engrosar y de aplastar su cristalino para hacer de él un lente de diferentes grados, y tambien de concentrar en el mismo foco una multitud de ojos como otros tantos microscopios para distinguir lo infinitamente pequeño, y podreis admitir mas fácilmente la facultad de esos seres ultra-terrestres.

QUERENS. — Sin poder figurármela, puesto que no está al alcance de mi experiencia, concibo esa posibilidad. Con que es decir que podiais ver la Tierra, y hasta distinguir desde allá arriba las ciudades y las aldeas de este mundo?

LUMEN. — Dejadme proseguir. Llegaba pues hasta el círculo que mencioné ántes, cuya anchura es suficiente para que doscientas tierras como la vuestra puedan girar de frente, y me encontraba sobre una montaña coronada de palacios vegetales; al ménos que parecía que esos castillos encantados brotaban naturalmente y que no eran sino el resultado de una sencilla disposicion de ramas y de flores. Era una ciudad bastante poblada. En la cima de esa montaña había un grupo de ancianos en número de veinticinco ó treinta, que miraban con la mas obstinada é inquieta curiosidad una hermosa estrella de la constelacion austral en los confines de la Via lactea. No hicieron caso de mi llegada, hasta tal punto su múltiple atencion estaba exclusivamente aplicada al exámen de esa estrella.

Por mi parte no quedé poco sorprendido al oírles hablar de la Tierra, sí, de la Tierra, en ese idioma universal al espíritu que todos los seres comprenden, desde el serafin hasta los árboles

de los bosques; y no hablaban solamente de la Tierra, sino tambien de la Francia. « ¿Por qué esas continuas matanzas? decian entre sí. ¿Han organizado por ventura una ley de muerte, esos seres sedientos de sangre humana, y qué significan esos cadalsos levantados cada mañana, en que vienen á caer sucesivamente las cabezas de los hombres y de las mujeres, de los niños y de los ancianos? La guerra civil acabará por decimar ese pueblo hasta el último de sus defensores, y á lavar con rios de sangre las calles de esa capital ántes tan risueña y elegante? »

No comprendia nada de ese lenguaje, yo que llegaba de la Tierra con una velocidad rápida como el pensamiento, y que, ayer todavía, habia respirado en el seno de una capital tranquila y pacífica. Me aproximé á su grupo y fijé como ellos mi mirada en la hermosa estrella; pocos momentos despues, escuchando su conversacion y buscando con avidez á distinguir las cosas extraordinarias de que hablaban, vi á la izquierda de la estrella una esfera azul pálido: era la Tierra. No ignorais, amigo mio, que á pesar de la aparente paradoja, la Tierra es verdaderamente un astro del cielo, como os lo recordaba hace un instante. De léjos, desde una de las estrellas vecinas de

vuestro sistema, ese sistema aparece á la vista espiritual de que hablaba, como una familia de astros, compuesta de ocho mundos principales apiñados al rededor del sol convertido en estrella. Júpiter y Saturno llaman particularmente la atencion á causa de su magnitud; distingüense luego Urano y Neptuno, despues, muy cerca del Sol-estrella, Marte y la Tierra. Vénus es muy difícil de reconocer, y Mercurio permanece invisible por estar demasiado próximo del Sol. Tal es el sistema planetario en el cielo.

Fijé exclusivamente la atencion en la pequeña esfera terrestre, á cuyo lado reconocí la Luna. No tardé en reconocer las blancas nieves del polo boreal, el triángulo amarillo del África, los contornos del océano, y como mi atencion estaba fija únicamente en nuestro planeta, el Sol-estrella se eclipsó de mi vision. Luego, sucesivamente y poco á poco, llegué á distinguir en la esfera, en medio de las regiones azuladas, una especie de recortadura negra y continuando mi investigacion, descubrí una ciudad en el seno de esa recortadura. No tuve dificultad en reconocer que ese recorte continental era la Francia y que la ciudad era Paris. La primera señal por la que reconocí la capital fué la cinta plateada del Sena,

que describe con coqueteria tantas circunvoluciones tortuosas al oeste de la gran ciudad. Reconoci igualmente la isla de la *Cité*. La nave y las torres de Nuestra Señora formaban como una cruz latina en la punta oriental de la *Cité*; los bulevares extendian su cintura al norte; al sur reconocí el jardin del Luxemburgo y el Observatorio. La cúpula del Panteon cubria como un punto gris la montaña de santa Genoveva; al oeste la gran avenida de los Campos Eliseos dibujaba su linea derecha; mas léjos se veian el bosque de Bolonia, los alrededores de Saint-Cloud, los bosques de Meudon, Sevres, Ville d'Avray y Montretout. La escena estaba alumbrada por un sol espléndido; pero, extraño espectáculo, las colinas se hallaban cubiertas de nieve, como en el mes de enero, siendo así que habia dejado los árboles en octubre cubiertos de verde. Pronto tuve la certeza de que era efectivamente Paris la ciudad que habia podido distinguir á lo léjos, pero como no me era posible comprender bien las exclamaciones de mis vecinos, hice todo género de esfuerzos con el objeto de ver todavía mejor los detalles.

Mi vista se fijó con preferencia en el Observatorio; aquel era mi barrio favorito, que apenas

habia abandonado algunos meses desde hacia mas de cuarenta años. Juzgad por lo tanto cuál seria mi sorpresa, cuando familiarizada mi vista con aquel cuadro, me apercibi de que no existia ya ninguna avenida entre el Luxemburgo y el Observatorio, y que aquella magnifica calle cubierta de castaños se habia transformado en pequeños jardines. El boulevard Saint-Michel y la calle de Médicis habian desaparecido; era un amalgama de calles pequeñas y tortuosas, y me pareció reconocer la antigua calle del Este, la plaza Saint-Michel, en donde existió una fuente que surtía de agua á los habitantes del faubourg, y une série de callejuelas que habia visto antiguamente. El Observatorio estaba despojado de sus cúpulas; las dos alas laterales habian igualmente desaparecido. Poco á poco, continuando mi investigacion, ví que en detalle Paris habia cambiado completamente. El Arco de triunfo de la Estrella no existia, y tampoco una sola de las magnificas avenidas que desembocan en aquel sitio. Tampoco el boulevard Sebastopol, ni la estacion del Este, ni las demás estaciones, ni una sola linea de caminos de hierro existia ya. La torre Saint-Jacques estaba rodeada de casas viejisimas, y la columna de la Victoria se habia acercado á ella.

La columna de la Bastilla estaba igualmente ausente, pues hubiera fácilmente reconocido el genio por el reflejo del sol. La columna Vendôme me pareció que estaba reemplazada por una estatua equestre. La calle de Castiglione era un antiguo convento; la de Rivoli habia desaparecido; el Louvre no estaba terminado; entre el patio de Francisco I y las Tullerias se veian escombros amontonados con varios pingajos colgando de las bohardillas. En la plaza de la Concordia no habia ningun obelisco, pero sí un gentio bullicioso que no pude distinguir al principio; la Magdalena y la calle Real no se podian percibir tampoco. Habia una pequeña isla detrás de la isla Saint-Louis. Los bulevares exteriores no eran ni mas ni ménos que el antiguo paseo de la ronda, encerrado por las fortificaciones. En una palabra, aunque reconocí la capital de Francia por los edificios que existian aun y por algunos barrios que apenas habian cambiado, no sabia que pensar de una metamorfosis tan maravillosa que, de la noche á la mañana, habia cambiado radicalmente el aspecto de la antigua ciudad.

Me vino primeramente la idea que en lugar de poner muy poco tiempo para llegar desde la Tierra, habia estado sin duda muchos años, y tal

vez hasta muchos siglos, en camino. Como la noción del tiempo es esencialmente relativa y como la medida de la duración no tiene nada de real ni de absoluto, una vez separado del globo terrestre, había perdido por lo mismo toda medida fija, y se me ocurría que los años y hasta los siglos habrían podido pasar delante de mí sin que me apercibiese de ello, pues era tan vivo el interés que había tenido por ese viaje, que no se me había hecho largo el tiempo, — expresión vulgar que denota la *relatividad* de esa sensación en nuestra alma. No teniendo ningún medio para asegurarme del hecho, habría acabado sin duda por creer que varios siglos me separaban ya de la vida terrestre, y que tenía delante el París del siglo veinte ó veintiuno, si no hubiese profundizado más el cuadro que se ofrecía á mi vista.

En efecto, me identificaba sucesivamente con el aspecto de la ciudad, y llegaba por gradación á encontrar los sitios, las calles y los edificios que había conocido en mi tierna edad. El Hôtel de Ville se me apareció lujosamente empavesado, y el palacio de las Tullerías me presentaba su cúpula central. Un pequeño detalle contribuyó más que nada á que acabase de reconocer la gran ciudad,

y fué la vista de un pabellon, situado en medio del jardín de un antiguo convento de la calle Saint-Jacques, cuyo recuerdo me hizo estremecer. Allí fué donde conocí á la mujer que desde mi adolescencia, me quiso con un amor tan profundo; mi querida Eivlys, tan tierna y amorosa, que abandonó todo para unir su suerte á la mía. Si, vi la pequeña cúpula de la azotea, delante de la cual nos gustaba tanto estar en contemplación por las noches, estudiando las constelaciones. Con que alegría volví á ver esos paseos que habíamos recorrido juntos del brazo, esas avenidas cubiertas de árboles, en las que nos ocultábamos á las miradas indiscretas del mundo celoso. Miraba yo ese pabellon, que en nada había cambiado, y comprendereis que su vista fué lo suficiente para completar mis indicaciones y para convencerme completamente de que lejos de tener delante, como era tan natural que yo creyese, el París de *después de mi muerte*, tenía el París que había *desaparecido*! el antiguo París de principios del siglo ó de fines del siglo último.

Á pesar de esto, comprendereis fácilmente, que sin embargo de la evidencia, no podía creer lo que veían mis ojos. Me parecía más fácil admitir que París estaba tan cambiado, que había

sufrido tales trasformaciones desde mi marcha de la Tierra (intervalo cuya duracion me era completamente desconocida), que tenia delante la ciudad del porvenir, si puedo expresar por medio de esta figura un hecho que hubiera estado presente para mí. Continuaba, pues, observando con atencion para cerciorarme por completo de si era realmente el *antiguo* Paris, en parte demolido hoy, que tenia delante, ó si, por un fenómeno no ménos increíble, era otro Paris, otra Francia, otra tierra.

II

QUÆRENS. — ¡Qué situacion tan extraordinaria para vuestro espíritu analizador, oh Lumen! ¿Por qué medio os fué posible llegar á reconocer la realidad?

LUMEN. — Los ancianos que estaban en la montaña continuaron conversando, mientras yo iba haciendo las anteriores reflexiones. De pronto, oí al que parecía tener mas edad, y cuyo aspecto venerable inspiraban á la vez admiracion y respeto, exclamar con voz triste y retumbante :

« ¡De rodillas! hermanos míos, pidamos indulgencia al Dios universal. Esta tierra, esta nacion, esta ciudad ha cometido un gran crimen : acaba de rodar la cabeza de un rey inocente! »

Sus compañeros le comprendieron sin duda, pues se arrodillaron en la montaña y postraron sus encanecidas cabezas contra el suelo.